

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 295

Barcelona, 23 de Noviembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

Y aque-
lla minoría se-
lecta que no
quiera revolcarse
en el cieno habrá de
entregarse a la cons-
piración, al atentado
personal, a los movi-
mientos revoluciona-
rios. Y la Humanidad
yacerá deshonrada.

Asamblea Internacional de Ayuda a España

Discurso de don Angel Ossorio y Gallardo

En París, durante los días 20 y 21 de los corrientes, se ha celebrado una importantísima Asamblea de ayuda a España, a la que han asistido diez y siete países. En la sesión de clausura hablaron, entre otras ilustres personalidades internacionales, los señores Rollin, Cachin, de Brouckere, Longuet y nuestro embajador en París, Sr. Ossorio y Gallardo. También hicieron uso de la palabra un delegado chino, un diputado inglés y dos obreros españoles. Todos los oradores, entusiásticamente aplaudidos por el auditorio, se expresaron en términos fervorosos. El acto resultó sencillamente emocionante.

Publicamos, a continuación, íntegramente, el discurso pronunciado por don Angel Ossorio y Gallardo:

Gracias, gracias a todos. Vuestra reunión, vuestros acuerdos, vuestros sacrificios, vuestros propósitos, constituyen un nuevo florón en la corona de vuestro humanismo y un nuevo motivo de gratitud por parte de la España, aureolada ya no sólo por su heroica virtud sino por los galardones inmarcesibles que la maldad, la injusticia y la cobardía van tejiendo sobre su figura inmortal.

Pensáis en los niños de una España que sufre. Pero ¿qué sería de los niños de una España vencida? El frío y el hambre de hoy resultarían cosas envidiables si se las comparaba con la esclavitud a que quedarían sometidas las nuevas generaciones. Esclavos los niños, hijos de esclavos, de torturados, de violados, de fusilados, de ahorcados, de decapitados... Privados de los placeres de la inteligencia (¡muera la inteligencia! uno de los gritos del fascismo español), de la libertad de conciencia y de expresión, forzados a adoptar unas actitudes, a proferir determinados gritos, a humillarse ante ciertos hombres, nacerían marcados con un hierro de infamia y su vida sería una pura llaga del espíritu.

Aun siendo grandísimos los dolores materiales del día presente, me espanta mucho más la consideración del porvenir moral de estas criaturas. Detengámonos un momento a considerarlo.

Todos cuantos estamos aquí — viejos y jóvenes — hemos tenido una formación moral cómoda. Nuestra conciencia se mecía placidamente entre unas cuantas verdades sencillas y consoladoras. «El bueno merece premio y el malo castigo». «No hay nada tan aborrecible como la traición». «Todos debemos respetar a quien ejerce legítimamente el poder». «Nadie tiene derecho a imponerse a otro por la violencia». «Todas las ideas son igualmente respetables mientras no se truequen en actos delictivos». «Los hombres vivimos en comunidad gracias a las normas del Derecho». «La guerra es odiosa». «El hombre honrado, los pueblos honrados, deben guardar respeto a su firma y a su palabra».

Pero ¿y hoy? ¿Qué patrimonio moral recibe la infancia actual? Bien lo vemos: el contrario a todos aquellos dogmas. El niño se forma con estos apogemas: «El fuerte tiene derecho a aplastar al débil». «Ni la palabra ni la firma tienen valor ninguno». «La traición es lícita y plausible».

Nadie debe luchar contra el tirano.

La máxima AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS, está sustituida por la de EXTERMINAOS LOS UNOS A LOS OTROS.

La infamia merece premio y la virtud castigo.

Quando los niños, empapados en estos aforismos y viéndolos, además, practicados con fruto, lleguen a la pubertad, ¿qué tormenta se producirá en sus almas?

¿Qué direcciones morales buscarán en la vida?

No habrá para ellos camino llano. Tendrán que op-

tar entre ser víctimas o verdugos. La mayoría, con el alma prostituida, optará por esto último, con tal de vivir, y así se formarán muchedumbres encañalladas. Y aquella minoría selecta que no quiera revolcarse en el cieno habrá de entregarse a la conspiración, al atentado personal, a los movimientos revolucionarios. Y la Humanidad yacerá deshonrada.

Pensemos en eso, señoras y señores. Más que el pan y el abrigo de hoy debe preocuparnos salvar la libertad moral de nuestros hijos.

¿Cómo defenderla? ¡Ah! Al punto que han llegado los acontecimientos ¡qué poca cosa son los diplomáticos y los Gobiernos! A la vista tenemos su fracaso y su miedo. Cada día un nuevo rendimiento, cada día una nueva humillación ante el poderoso, cada día mayores claudicaciones. Parece como si en el momento del naufragio alguien hubiera dado el grito de ¡sálvese el que pueda! olvidando que ese suele ser el medio más seguro de que no se salve nadie.

Son los pueblos, los pueblos mismos, quienes han de ponerse en pie para defender la Humanidad y la

civilización. No cabe ya fiar en las potestades ni en las jerarquías. Son las masas populares quienes han de acudir a su propia salvación. Son los obreros, los intelectuales, los creyentes, las mujeres, quienes han de emprender la cruzada redentora. Y no hay que asustarse por los que caigan en la lucha, pues si hoy no nos decidimos a caer algunos, mañana caeremos todos.

Por eso yo, arrogándome la representación de cualquier niño español, os digo:

— Gracias mil veces, señoras y señores. Gracias por el pan y por el vestido, gracias por el calor y por el consuelo. Con vuestra generosidad quizá salvaréis mi vida. Pero, ¡en nombre de Dios! salvad mi espíritu. Libradme de las cadenas que están forjando contra mi los Estados opresores. Abrid camino a la libertad de mi corazón y de mi pensamiento. Porque si entre todos — por acción los unos, por omisión los otros — me vais a dejar una vida inferior a la de las bestias, para nada necesito el pan y el abrigo. Los niños despedazados por la metralla fascista habrán sido más venturosos que yo.

LOS MILITARES

(Continuación.)

aquella zona permanecerán adictos y seguirán en sus puestos, hasta que... los otros militares, más fuertes y poderosos, los italianos y alemanes (que tampoco están mal instalados ni viven miserablemente), los vayan desalojando de sus cómodas posiciones... Ya ha empezado — y ciertamente de un modo acelerado — esta sustitución vergonzante.

Quando, por voluntad inmovible del pueblo, advino a España el régimen republicano, el militarismo sufrió un rudo golpe.

En España no ha existido jamás el militarismo imperial que existe en otras naciones; la propia Francia, país eminentemente democrático, tiene un ejército de cimiento republicano, pero de espíritu expansivo, colonial y guerrero.

En nuestro país el militar no tuvo nunca afanes imperialistas; la Falange actual, inspirada por Alemania e Italia, ha traído al país un sentir imperialista, expansivo y dominante, pero el Ejército no ha aportado carácter alguno de esta índole a la rebelión.

Una parte de él, la juventud, los oficiales inteligentes, renovados en la Escuela Superior de Guerra y en contacto con las grandes figuras y Escuelas Militares de otros países, han querido imbuir en su clase este espíritu de conquista e imperialismo; y van empeñados, porque la masa militar española es rutinaria y de limitados horizontes; en su fracaso experimental, aquellos oficiales inteligentes y de valía han acudido al partido español que representa su afán imperialista, y nutren hoy los cuadros de la Falange.

El militar español, tipo medio, no tenía ni tiene otra aspiración ni le mueve otro impulso que la conquista del escalafón.

En honor a la verdad, tal es la única aspiración de toda la burocracia española, y el militar español, tipo medio, no es más que una variante brillantemente uniformada de la empleomanía del país.

Es cierto, como he expresado, que hay oficiales modernamente orientados y que pueden parangonarse con los técnicos extranjeros. En Aviación y en el Cuerpo de Artillería, principalmente, he conocido oficiales

cuya cultura y aptitud temperamental nada envidiaban a los destacados valores civiles, superándolos en muchos casos.

Existe también, por fortuna, y suele coincidir con el tipo anterior, el militar no imperialista, pero amante de su carrera, y al propio tiempo vinculado al pueblo, que no ve en éste un enemigo, ni cree que su misión es sojuzgarlo, sino ampararle y defenderle por la fuerza que él colocó en sus manos. También he conocido militares democráticos de un gran corazón y valía; la guerra actual ha destacado y señalado con caracteres fuertes estos relieves, antes borrosos.

Pero la mayoría de los militares, el gran escalafón de la Fuerza Armada, está compuesto de individuos cuyas características y temperamentos son de uniforme vulgaridad.

Hace unos quince años, visitamos los alumnos de la Facultad de Derecho, la Academia militar de Toledo, conviviendo con los cadetes, comiendo con ellos, haciendo su misma vida y tratando de hacer viable una fusión e intimidad, por idea acertada del entonces Catedrático de Derecho Natural, don Fernando Pérez Bueno. Conoci entonces, conocimos todos los futuros abogados, la ideología y sentir de aquellos muchachos que hoy en su mayoría constituyen los cuadros de mando de la oficialidad y primera jefatura. Yo guardo un recuerdo muy agradable de aquella convivencia, pues, en honor a la verdad, los alumnos de la Academia mostraban hacia nosotros una afección y cordialidad admirables.

Conviví con varios de ellos y llegué a intimar con alguno; de aquel estudio íntimo, esbozado entonces insustancialmente, y de mis posteriores observaciones, he llegado a comprender la idiosincrasia media del militar español.

El militar es víctima en su vida de una injusta desproporción entre el comienzo de su carrera y su desenvolvimiento.

En los años de Academia, y a su salida de ella, en la época de alférez o teniente, la vida se le presenta fácil, excesivamente fácil y agradable.

(Continúa en la página siguiente.)

Entusiasta de su brillante carrera, con vistosos uniformes, que enmarcan actos y desfiles atrayentes, el joven militar se cree omnipotente, y la vida es para él una prolongación alegre de sus años de estudios.

Las muchachas casaderas y románticas, únicas que suele conocer, le reciben arrobadas; los familiares y amigos alaban su prestancia y el corte de sus guerreras. Sobre todo, algunos uniformes (¡aquel precioso azul de Caballería!) atraen las miradas y las simpatías femeninas.

El militar se siente correspondido amorosamente y envidiado, rodeándose imperceptiblemente para él de un cierto aire de soberbia y altivez. En esta época, además, suelen sus gastos verse compensados, en su exigua paga por los envíos familiares, a veces fruto de grandes sacrificios, pero que le permiten vivir en un plan y ambiente de relativo lujo y altura.

Pronto la vida, con sus duras exigencias, se impone. Llega el destino o empleo, en provincias o en Africa, y con una rapidez incontenible, la muchacha casadera que lo capta; unos meses de noviazgo, el ascenso a capitán y el matrimonio. Es la eterna historia del escalafón militar.

Epoca de capitán y comandante; los gastos crecidos de una familia, el boato artificioso de que se rodean, la paga que continúa exigua y la carencia de aquellos envíos familiares compensadores, unido todo ello a la complicación de los hijos, a la pérdida de aquella esbeltez juvenil y al deterioro y «anticuación» de los uniformes, produce en el interesado una depresión y decaimiento abrumadores.

Las necesidades caseras crecen alarmantemente, y el pobre jefe se ve obligado a pedir un nuevo destino, con miras exclusivamente económicas, en Cajas de Movilización o centros oscuros, pero que con gratificaciones especiales y quinquenios, nivelan, con alguna representación comercial compatible, el presupuesto en déficit alarmante, del hogar.

El espíritu militar de la juventud se pierde; el uniforme quedó estrecho y «demodé» y su reposición es un gasto imposible. Para algunos casos de formación o presentación uniformada obligatoria el capote de un amigo y el sable de otro, evitan posibles recriminaciones.

Aquel militar gallardo, de romántico uniforme azul, es hoy un amargado empleado, rodeado de hijos y con una señora que a fuerza de sacrificios y renunciamentos ha perdido todo contacto con la sociedad elegante.

Desde que salió de la Academia, el militar, no ha tenido tiempo, ni interés, por leer obras de cultura general y visitar centros artísticos, pues su trabajo y la

preocupación del escalafón absorbe toda su vida. Aquellas nociones de Geometría y de Balística, que le obsesionaron en la Academia, se pierden ya en sus recuerdos, junto al primer amor y a la primera «juerga de cadete». Ha perdido todo su entusiasmo y su ilusión, y si alguien le proporciona un destino o empleo de contable o administrador en alguna empresa, deja su carrera y su uniforme, su sable y su Balística, para proporcionar mayores ingresos al erario doméstico.

¿Cómo va un militar en tales circunstancias a sentir afanes imperialistas o de conquista? La dureza de la vida, el fácil acceso y desarrollo en otros destinos civiles, la preferencia que en la lucha encuentran otros oficios y empleos, menos arriesgados que el suyo, y mejor retribuidos, le producen un estado de resentimiento y de desconfianza, latente y potencial.

El militar sabe que el médico, el escritor, el negociante y el usurero, consiguen situarse en la vida mejor que él; sus ingresos le permiten a cualquiera de aquellos ciudadanos un veraneo costoso, una casa lujosa, automóvil... todo lo que es el triunfo en la vida, con el sentido un poco limitado que del triunfo él conserva.

La esposa, aquella linda muchachita del paseo provinciano, hoy respetable madre de familia, se lo recuerda constantemente, presentando ante sus ojos el bienestar económico de otros amigos civiles y ambos comprenden que por mucha rapidez que el escalafón adquiera, no podrá llegar a proporcionar tales ventajas.

En las largas sobremesas invernales, en los paseos del estío, va cuajando en sus pensamientos la idea de que vive injustamente postergado en la sociedad, y de que todas aquellas personas de profesiones liberales y productivas constituyen las clases enemigas culpables de su relegación y malestar.

Ya no piensa que antaño, cuando al principio de su vida ésta le dio ocasión de optar, aquel médico, aquel profesor que hoy ocupa un lugar en el mundo, escogió una carrera modesta y de poco lucimiento exterior, mientras que él, en libre iniciativa, se cegó con el brillo de las armas.

Se han perdido en los oscuros rincones de su memoria aquellas tardes provincianas, en las que él paseaba con las jóvenes más lindas y «distinguidas» de la ciudad, la prestancia de su uniforme nuevo, que había de aprisionarle lentamente, mientras aquel profesorete, aquel medicucho, de traje vulgar y carente de aventuras, desdénado, en el silencio de su habitación modesta, estudiaba, trabajando afanosamente, para un día encumbrarse en la libre palestra de las profesiones liberales.

Despechado y dolido, el militar de este tipo, tan abundante en la carrera, es terreno apto y abonado para todo cuanto signifique un choque o cambio brusco en el devenir del tiempo. Sueña con el «golpe de fuerza» que de improviso y sin esfuerzo alguno continuado, le eleve sobre toda aquella sociedad civil tan despreocupada...

No por el trabajo o el mérito, sino por el abuso de los medios de destrucción y coercitivos, que el pueblo confiado puso en sus manos, aspira a dominar, triunfador absoluto con el ardor y la rabia amasadas en las veladas rencorosas...

Por esto, cuando en España, la «élite monárquica» el generalato alfonsino dió la señal del alzamiento, secundaron sus órdenes rebeldes los militares dignos amantes de su noble profesión, ni las zonas más cultivadas y valiosas de la oficialidad, sino la inmensa mayoría media del escalafón del Ejército, miles de jefes y jefecillos resentidos y preparados. Gran ocasión para las medianías, para los descontentos e ineptos.

Ellos, los amargados, los rencorosos, vieron en una sola noche y como premio a su traición, dominados y abatidos los resortes esenciales y vitales de la sociedad culta y organizada, encarcelados los obreros, medrosos los indefensos ciudadanos de la clase media, satisfechos ¡al fin!, sus ansias de venganza.

Trágica y sangrienta etapa la que representa el triunfo del militarismo mediocre... ¡Qué diferentes estos jefes y oficiales crueles, tiranos de un pueblo indolente, de aquellos cadetes sonrientes y amables que en el suntuoso Alcázar toledano sellaron con la juventud universitaria una alianza cordial y democrática... No puede ser, que ellos se convirtieran en éstos. Porque si aquel espíritu abierto a la noble y digna carrera militar, aquel optimismo y patriótico ardor que nos complacíamos en recordar, han producido este fruto maldito, estos esbirros que han aterrorizado y ensangrentado España, reniego de aquellos días y amistades.

Pero no... no puedo pensar que así sea. Aquella muchachos fuertes, llenos de vida y de nobleza, que conocí, son los que unidos fraternalmente al pueblo (con la misma fraternidad que nos unía en abrazo cordial amistoso a los futuros abogados y militares) luchan por defender el país común esta España tan hondamente sentida por ellos y nosotros, de la tiranía reaccionaria y de la vergonzosa colonización fascista extranjera.

(Del libro «Doy fe...», original de Antonio Ruiz Vilaplana, secretario judicial en Burgos.)

FASCISMOS

El acuerdo germano-italo-nipón contra el bolchevismo atrae la atención del mundo. Es probable que este acuerdo sea el preludio de graves complicaciones.

Alemania, Italia y el Japón son tres grandes potencias militaristas. Según la fórmula de Mussolini, los regímenes fascistas están obligados, por su naturaleza, a vivir peligrosamente, en el exterior más que en el interior.

Muy recientemente, «el Carnet del diplomático desconocido» — de análisis tan penetrante — desarrolló este pensamiento, a su manera, claro es: «Como la explotación forzosa de las masas trabajadoras es su razón de ser, la derivación exterior constituye para ellos — los regímenes fascistas — una necesidad imperiosa, lo mismo que sus desfiles, sus fiestas y su «mística», que predica la supremacía de su ideal sobre lo material. Cuanto más agresivos son, más caen sus pueblos en el torbellino de sus «grandes destinos», y menos lugar hay «para las mezquinas cuestiones de salarios». Para decirlo de una vez, los regímenes fascistas no pueden vivir en paz. Su estado natural es la guerra permanente. Por ello viven siempre con la idea de la lucha y no hacen sino preparar la guerra. Toda su vida nacional, económica, moral y espiritual está subordinada a eso».

El Carnet continúa: «La guerra es para ellos una necesidad, por cuanto es instrumento de dominio en el interior; y es, además, un negocio; llegados a la cima de su potencia militar, después de haber invertido toda la fortuna nacional en armamentos, no tienen más remedio que

tratar de asegurarse «la renta» de esta formidable inversión, pues, de otro modo, sería la quiebra política. Mussolini ha resumido esta política de la prosperidad por la guerra diciendo: «El que tiene hierro tiene también pan; pero cuando el hierro está bien templado, encuentra, probablemente, también oro».

Para tener a raya a estos regímenes de guerra no hay más que la fuerza superior de las potencias que quieren la paz. A este respecto, viene de los Estados Unidos un aliento confortador: su Gobierno parece aproximarse al bloque franco-británico, detrás del cual se hallan la mayor parte de las potencias europeas.

Aparte de «la explotación forzosa de las masas trabajadoras, razón de ser de los regímenes fascistas —exageración manifiesta— se equivocan los redactores del «Carnet del Diplomático desconocido».

¿No es un hecho incontestable que casi toda la vida económica, moral y espiritual de Alemania, Italia y el Japón está orientada hacia la guerra?

¿No es un hecho innegable que una gran parte de la educación de la infancia, de la juventud y de las masas está orientada hacia la preparación para la guerra?

¿No es un hecho también que cuando las potencias fascistas hablan de la paz la entienden en el sentido especial de la «paz germánica», de la «paz italiana» y de la «paz nipona», es decir, en el sentido de la paz en sus imperialismos respectivos?

¿Quién crea y mantiene los estados de guerra en el mundo, a desprecio de las leyes internacionales y del respeto de los tratados? ¿No

es el Japón, en Manchukuo y en China? ¿No es Italia, en Etiopía y en España? ¿No es Alemania, con sus violaciones del Tratado de Versalles y del Pacto de Locarno, y también con su participación en la guerra civil española?

Meditense estas palabras de Roosevelt en Chicago: «La paz, la libertad y la seguridad del noventa por ciento de la población del mundo están amenazadas por el diez por ciento restante, que ataca los principios de las leyes internacionales; este noventa por ciento que desea la paz puede y debe hallar el medio de hacer que prevalezca su voluntad».

Veamos más de cerca las conductas de las potencias fascistas y sus fines.

En «Le Soir», del 23 de agosto de 1935, escribimos que el Japón se presentaba como el tipo asiático de la nación de presa. Realizó gradualmente, pero con rapidez, el plan de la conquista de China y del Asia tal como está descrito en la Memoria de 1927 del Mikado: «Primera etapa, ocupación de la Manchuria; segunda etapa, ocupación del Jehol, la China del Norte y la Mongolia; tercera etapa, la China meridional. Después le llegará el turno a la Indochina francesa, a las Filipinas americanas, a las Indias neerlandesas, a las colonias inglesas y a las Indias. Recordemos las aspiraciones niponas con respecto a la Siberia rusa y al resto de Asia».

La primera etapa fué cubierta, hace algunos años, a pesar de la Sociedad de Naciones. Hoy, los ejércitos japoneses cubren la segunda, a pesar del Pacto Briand-Kellogg y

del Tratado de las Nueve Potencias.

La respuesta del Japón a la Conferencia de Bruselas demuestra que está decidida a realizar su deseo cueste lo que cueste: niégase a la mediación de sus cosignatarios, y llega hasta a rechazar la evidencia del texto del Tratado. Supremo, desdén. Ataca desde hace varios meses, con la violencia que todos saben, a China, y pretende que no está en guerra con ella.

¿Es temerario pensar que si el Japón ha firmado el acuerdo antibolchevique con Alemania e Italia es menos por idealismo que por el afán de reforzar su prestigio para la realización de sus aspiraciones imperialistas?

¿No puede decirse lo mismo con respecto a Italia? La división del Imperio austriaco—su gran enemigo tradicional—, la ocupación de importantes territorios en el Nordeste de la Península y las reparaciones de los daños de guerra, todo eso no podía satisfacer a la Italia de Mussolini, que — por la naturaleza del fascismo — preconizó, desde su advenimiento, una política exterior de prestigio y de imperialismo.

Las concesiones voluntarias de territorio en Africa que le hicieron Francia e Inglaterra sólo sirvieron para excitar su deseo de expansión. A pesar de sus antiguos aliados en la gran guerra, a pesar del Pacto Briand-Kellogg, y a pesar del Covenant de la Sociedad de Naciones, el fascismo italiano se lanzó a la aventura etíope; a pesar de las sanciones económicas, Mussolini y sus ejércitos ocuparon Abisinia y el rey de Italia se hizo Emperador.

Después de esta conquista, ¿figurará Italia entre las potencias satisfechas? Tal se pretendía en ciertos círculos, puesto que Mussolini había hecho, en una entrevista con el representante del «Daily Telegraph», la

siguiente declaración: «El fin de las sanciones señalará la entrada de Italia en las filas de las potencias satisfechas».

Pero ello era conocer mal el espíritu del fascismo, que lleva siempre a nuevas aventuras. Casi inmediatamente después se produjo la participación italiana en la guerra civil de España, en espera de otras hazañas. Entre tanto, se agrava el conflicto mediterráneo, que enfrenta a Italia con Inglaterra y Francia.

Sobre sus cosignatarios del acuerdo antibolchevique, Alemania tiene una superioridad: la de haber sido su maestra en el arte de violar los tratados. Después de Versalles, Locarno, y luego la intervención en España, al mismo tiempo que formaba parte del Comité de No Intervención de Londres.

Meditense la versión alemana del Tratado antibolchevique. Trátase de la legítima defensa de la cultura europea contra la declaración de guerra permanente de la III Internacional roja. En virtud de este principio, siendo la U. R. S. S. «el anti-estado», su existencia misma es incompatible con la noción del Derecho internacional; por consiguiente, en todas partes donde aparezcan los soviets se crea «ipso jure» un estado de excepción. La legítima defensa se impone, no sólo en un país afectado (como España), sino también cuando esté simplemente expuesto a la infección.

¿Quién juzgará sobre la intervención? Los signatarios del acuerdo antibolchevique. Tal es la grave amenaza para los vecinos, sobre todo si contrarian la realización de los imperialismos de las potencias fascistas. Con teoría semejante, se justifican todos los golpes de fuerza.

CYR. VAN OVERBERGHE
(«Le Soir», 19-XI-37)

La nueva literatura italiana

Los escritores de antes del fascismo no han sido en modo alguno "renovados" por la "revolución". Gabriel d'Annunzio ha venido a menos. En su reciente libro: «Cento e cento e cento pagine del mio libro segreto», se ha liberado del sujeto. Milvana palabras y palabras, frases y frases, preocupándose solamente del ritmo. En el fondo, palabras y frases podrían no tener ningún sentido: basta con que suenen bien...

Lucio d'Ambra, Salvatore Gotta, Bacchelli, etc., luchan heroicamente por Dios, por el rey y por la patria, suministrando a su público de condesas y gordas burguesas, innumeras variaciones sobre el amor legal y el amor ilegal, perfumando con incienso el pecado y condenándolo al final en nombre de la santidad de la familia. Los viejos futuristas, como Papini y Soffici, se han reconciliado con la Iglesia y predicán la crisis, la guerra, la miseria como justos castigos enviados por Dios a los malos y descreídos...

HAY UNA LITERATURA FASCISTA?

Pero los escritores que más nos interesan son los más jóvenes, es decir, los que han nacido en los primeros años del siglo XX, que no han sufrido la influencia directa de los medios reblandecidos y de las ideologías disolventes liberalsocialistas, pero que han sido vanguardistas, miembros de los grupos de la juventud universitaria fascista y tal vez miembros de los equipos fascistas, que se han desarrollado en el ambiente fascista, que han vivido todas las "grandes horas" y todos los "episodios de la revolución fascista". Alberto Moravia, Arturo Loria, De Michelis, Quarantotto Gambini, Vittorio Lanza, Bernard, Gherardini, Massa, que son los más conocidos, más discutidos, las mejores esperanzas de la literatura italiana, ¿qué escriben, pues?

No esperamos de la joven literatura fascista ni un genio ni una obra maestra inmortal. Pero la cuestión es saber si hay o no una literatura fascista. Este problema es discutido continuamente por los mismos fascistas. En una reciente polémica que ha alborotado a todo el campo literario italiano, la mayoría ha dado una respuesta negativa.

Naturalmente, se han referido a la moderna literatura, pero no a su contenido fascista. No han examinado el problema fundamental, a saber, cuál es la realidad contemporánea descrita por los novelistas italianos. A este respecto, los testimonios de los escritores de treinta años son evidentemente de una significación particular.

«Los Indiferentes», de Alberto Moravia, libro aparecido hace algunos años, ha tenido gran éxito y ha colocado al autor en primer plano entre los jóvenes. El mismo título caracteriza a los personajes: una viuda cuyo amigo saca provecho del patrimonio de él; la hija que ha esperado inútilmente un marido rico, desea una vida nueva, pero no sabe hacer otra cosa que convertirse en amante del amigo de su madre y hasta casarse con él sabiendo que la vida nueva será como la vieja; el hijo querría rebelarse, pero reconoce que todos sus esfuerzos son inútiles e inconsistentes y acepta el matrimonio de su hermana porque podrá de esa manera seguir viviendo en la ociosidad. Todos viven en el engaño y la hipocresía; débiles e indiferentes, la soportan como una fatalidad. Ni un solo rayo de luz: la at-

mósfera es pesada; los personajes son grises y sórdidos.

A propósito de la otra obra de Moravia: «La Vella Vita», limitémonos a citar los títulos de los cuentos de esa recopilación: «Cortesana fatigada», «Crimen en el club de tenis», «El Snob», «El tedio», «Muerte improvisada», «Fin de una unión», etcétera... Bajo el aguacero, o bajo la lluvia insistente y monótona, en la noche y en la bruma, los personajes de Moravia marchan desesperados persiguiendo fantasmas.

Durante mucho tiempo la censura había impedido la publicación de «Los Ambiciosos», que ha aparecido recientemente. Ignoramos las modificaciones de la censura. Pero el mundo de Moravia no ha cambiado. Una prostituta, un joven jueguista, una mujer rica e histérica, un marido complaciente, un joven enfermo, vicioso y tahir, etc. «Los Ambiciosos» no hace más que continuar «Los Indiferentes». La misma psicología, el mismo medio. Los personajes charlan sin descanso, y charlando, llegan al crimen: fango, espíritus podridos, ocio. Y ante el vicio, la podredumbre, Moravia es siempre indiferente, impasible.

Todo es mentira. Ningún hom-

bre puede comunicar a otro su verdadero, su íntimo sentimiento: es la única conclusión a la que se puede llegar después de la lectura de los cuentos recopilados por Eurialo De Michelis en el volumen «Mentiras», que ha obtenido en 1932 el premio de la «Italia letteraria», el semanario literario más importante del país.

El volumen de cuentos de Quarantotto Gambini: «Nuestros Semejantes», ha sido muy apreciado: la Academia italiana le ha otorgado en 1935 un premio de 5.000 liras. Pero:

La predilección de ese joven de veinte años por los personajes mezquinos, cobardes, profundamente malos y sórdidos, es evidente—ha escrito la Bibliografía fascista.

El único personaje patriota, en ese libro, es un imbécil «rostro de bobo y cabellos rizados, condecorado, él, que en la escuela era el monigote de todos».

LITERATURA PESIMISTA Y ESCÉPTICA

Arturo Loria recibió en 1933 el premio de la «Italia Letteraria» por «Ecuola di ballo», un volumen de cuentos. Su estilo es frío, preciso, minucioso. Analiza a sus personajes,

y penetra sus sensaciones más íntimas. ¡Pero qué personajes! Pequeños burgueses idiotas y fracasados, ruidos por la sed del lucro y por la lujuria, muchachas cuya vida está ahogada, y que se abandonan al primero que pasa, en su deseo de una imposible liberación, prostitutas, protectoras.

Vittorio G. Rossi, en «Tropici» (premio de la «Italia Letteraria» 1935) ha descrito varias regiones del África occidental. Los negros: una raza inferior, predestinada al hambre, a la explotación, a la muerte miserable y precoz. Los blancos: desdichados en el fondo, arrastrados a ese infierno por la necesidad y la sed de oro y de aventuras. En conclusión, un libro pesimista y escéptico que no puede ser útil a la demagogia colonial fascista.

Podríamos continuar, pero sería repetir. Siempre los mismos medios estrechos y miserables, siempre los mismos viciosos y los mismos canallas, pero no canallas de gran envergadura y grandes pasiones, sino abortos perezosos, degenerados, malos. Hacen el mal por debilidad orgánica.

Nadie podría darse cuenta por esos libros de que en Italia existe el fas-

cismo, que esos personajes viven en un medio fascista; podrían muy bien vivir en Francia o en Perú. «La Revolución Fascista» no existe para esos escritores, lo mismo que cualquiera de los grandes problemas que preocupan actualmente a la humanidad.

En «Tre Operai» (tres obreros), de Carlo Bernard (que ha recibido de la Academia un premio de 5.000 liras), el protagonista, Teodoro, parte para la guerra.

Sube al tren por la noche en la estación desierta. De un lado los cantos y gritos; el tren está repleto de soldados.

Piensa en el padre muerto, en la madre que queda sola y pobre.

Está fatigado. Los cantos y los gritos le torturan el cerebro. Apoya su cabeza contra el respaldo de un banco como para retener las lágrimas. La estación, con sus pálidas luces, queda a veces en silencio. Los carabinieri, fusil a la espalda, se pasean tranquilos por los andenes desiertos.

¡Pero los soldados italianos enviados a la conquista del imperio no parten así, si hemos de creer a los periódicos fascistas!

En la continuación de la novela, no hay una sola línea sobre la participación de Teodoro en la guerra. Al volver se arroja en el movimiento fascista. La guerra no inspira a Bernard más que algunas líneas.

LA «REVOLUCIÓN» FASCISTA NO HA INSPIRADO A LOS ESCRITORES

Mientras que en todas esas novelas las masas trabajadoras no tienen ningún lugar, Bernard describe los medios y las luchas obreras de la pre-guerra y de la post-guerra. Pero esos obreros no valen más que los pequeños burgueses de Moravia.

¿Pero hay novelas «verdaderamente» fascistas? Las luchas fascistas de 1920-1922 no han inspirado una sola obra de arte. La pretendida transformación de la sociedad italiana no es mostrada en ninguna parte. La literatura italiana no refleja a la sociedad italiana tal como es exaltada por los fascistas en la Prensa y en los discursos.

¿Cómo se explica que después de catorce años de fascismo, cuando Italia se encuentra, según pretenden, «en el momento en que la revolución completamente victoriosa en la nación y en los hechos está a punto de convertirse en la expresión de una nueva civilización universal», no aparezca una literatura que satisfaga a los fascistas aún al lado de una literatura dominada por el pasado? ¿Cómo es posible que la producción de los jóvenes que han sido nutridos por el espíritu imperialista, sea precisamente la producción más escéptica, más corrompida? La literatura que hemos examinado es fascista, no porque desarrolle temas de la demagogia fascista, sino porque representa la realidad de la sociedad fascista italiana. Es verdaderamente la literatura de su tiempo y no podría ser otra cosa que la «documentación de estados de espíritu y de costumbres contemporáneas». La verdad es que la realidad italiana no es la que proclama la demagogia fascista, sino la que friamente describen sus jóvenes escritores. La miseria de las masas proletarias, la pauperización de las masas pequenoburguesas, la vida pública ahogada por el monopolio de los grupos muy restringidos de los políticos al servicio de algunas docenas de plutócratas, la corrupción y la degeneración, esta situación trágica a la que el fascismo busca hoy

(continúa en la página siguiente)

La prensa facciosa reconoce que fueron madrileños los heroicos defensores de Madrid

«En Madrid se puede circular libremente con sólo la cédula personal en el bolsillo»

Al cumplirse el primer aniversario de la defensa de Madrid, los facciosos explican al público de su retaguardia el amargo por qué de su fracaso.

No es hora ya de que nadie crea la mentira con que quisieron justificar ante el mundo entero la repentina parálisis de los ejércitos nacionales a las puertas de la heroica villa. ¿Quién defendió Madrid durante aquellos días de noviembre del 36? ¿Quiénes lo han defendido y continúan defendiéndolo del asedio incesante a que se ve sometido? Los madrileños, los españoles. Ningún relato servirá mejor para demostrarlo que el publicado en el «Diario de Burgos» el día 5 del actual. A él pertenecen los siguientes párrafos:

«Mientras se luchaba delante de los puentes, dentro de Madrid el efecto de los bombardeos, con la destrucción e incendio de edificios y la muerte de incontables milicianos lanzados al sacrificio, producía enorme pánico, desorganizando los servicios y añadiendo nuevas dificultades a la defensa. La confusión en las primeras cuarenta y ocho horas dentro de la capital fué extraordinaria, y general, en la mayoría de los habitantes, la certeza de que las tropas estaban entrando ya en la ciudad después de forzar los puentes. Tanto en Madrid como en el resto de España y en el extranjero, circularon las más fantásticas noticias, al par que contradictorias, sobre el resultado de los primeros combates ante el Manzanares.»

«Pero la realidad, limitada a los hechos, fué que desde que en Madrid se tuvo la sensación plena de que las columnas atacantes de los puentes empezaban a forzarlos tocando al asalto las primeras posiciones fortificadas, se lanzaron al contraataque cuantos elementos hubo disponibles, hasta el extremo de formar entre ellos contingentes de mujeres armadas.»

«Y como, a pesar de tan desesperado esfuerzo, Madrid podía verse invadido por las columnas atacantes, se ordenó al vecindario que se pusiera en estado de defensa en todas las casas, en todas las calles, desde los tejados y los balcones, levantando barricadas en varias líneas de fondo, con los sacos de tierra que se iban amontonando y de los adoquines de las calles desmenuzadas en pocas horas por un ejército de mujeres y de chiquillos de los barrios bajos. Por la radio y por instrucciones impresas se daba orden a los ancianos, mujeres y niños de movilizarse para la defensa en masa. HACED DE CADA CASA UNA FORTALEZA PARA LANZAROS AL ATAQUE SANGRIENTO CONTRA LOS AFRICANOS Y LOS LEGIONARIOS. LLE-

NAD LAS BOTELLAS DE BENCINA PARA LANZARLAS CONTRA EL ENEMIGO CUANDO ENTRE.»

La limpia verdad de Madrid ha llegado a la retaguardia facciosa. A lo más íntimo de esa enrevesada retaguardia, fría y lela que aún se quedó más alelada y yerta cuando supo que las tropas de Franco no pasaban — no podían pasar — de los arrabales llanos de la ciudad.

Pero ahora es una nueva verdad, una nueva conciencia que despierta, un aviso inaudito que conmueve y mina el Imperio. Es la revelación de un secreto. Dentro de Madrid — no ya en sus fronteras sino en sus calles y plazas — la vida se desenvuelve — valga la paradoja — «pacíficamente».

«Han aparecido — dice el «ABC» de Sevilla del 12 de noviembre — en la España liberada — en Sevilla no falta el ejemplar — algunos evadidos de Madrid sobre los cuales la salud pública, suprema ley, manda ejercitar estrecha vigilancia como sobre presuntos focos de infección de la propaganda sutil en favor de los rojos.»

«¿No es, en efecto, un agente de provocación esos tipos que en Sevilla, en San Sebastián, en Bilbao, en Santander, en La Coruña, se dedican a la impúdica mentira de decir que en Madrid se come bien y se circula con normalidad?»

«Conozco la traza de algunos de esos tipos y sus antecedentes perfectamente sospechosos que al divulgar su noción del Madrid para ellos «normal» y para nuestros hermanos de ideas y de sentimientos dantesco, se están instruyendo a sí propios su expediente y extendiéndose su fallo de indeseables.»

La normalidad madrileña, y si no el hábito y persistencia en una bética y empeñada normalidad, saca de quicio a los dirigentes facciosos.

«Lo que no cabe sino en gentes de intención simpatizante y de ánimo proselitista con respecto a los enemigos de la España auténtica, es la procaz afirmación de que todo el mundo en Madrid come algo más que algarrobas y puede circular libremente con sólo su cédula personal en el bolsillo.»

Este síntoma de ciudadanía — la cédula personal en el bolsillo como suprema garantía — es lo que no cabe en las cabezas herméticas de quienes utilizan el nombre y la filiación de los ciudadanos como motivo de sospechas y castigos, de sentencias y condenas, que no tienen otra base de acusación que la que aporta la cédula personal del perseguido y mal avenido con el Imperio.

Manifestación antifascista en Italia

Comunican de Milán lo siguiente:

«Amparados por la espesa niebla, el 6 de noviembre por la noche los automóviles recorrieron los barrios populares de la ciudad de Milán arrojando folletos antifascistas que decían: «¡Muera el fascismo! ¡El fascismo prepara una nueva guerra mundial para inmolarse a millones de trabajadores! ¡Italianos, vuestro deber es sabotear la guerra! ¡Viva la España republicana! ¡Trabajadores, uníos para aplastar al fascismo asesino! ¡Queremos pan para nuestros hijos: no queremos guerra! ¡Viva la libertad!»

Este sistema de propaganda antifascista se ha adoptado con preferencia a otros porque ofrece la ventaja de que sus autores no son casi nunca hallados. Los folletos que de esta manera se reparten en varias ciudades italianas se imprimen clandestinamente en Italia por jóvenes obreros e intelectuales que luchan unidos contra el fascismo. A muchos de los acusados de Milán, que comparecieron ante el Tribunal especial hace aproximadamente un mes, se les encontró, en el momento de ser detenidos, la declaración que la viuda de Carlo Rosselli hizo a la Prensa después del asesinato de Bagnoles, declaración que denunciaba a Mussolini como responsable del crimen.

La nueva literatura italiana

(continuación)

una salida en una guerra de rapiña, odiada por todo el pueblo.

IDEOLOGIA Y REALIDAD

Ese contraste profundo entre la esperanza y el resultado, entre la ideología y la realidad, es claramente visto por las masas de la pequeña y la media burguesía italiana. Es por eso que el escepticismo y el pesimismo se difunden e impregnan la literatura de los jóvenes. Los más sinceros de éstos expresan la desesperación de esas vastas capas de la población, de los intelectuales no completamente corrompidos que lloran las esperanzas frustradas, que ven el abismo que los acecha, pero que son impotentes para encontrar una salida.

Rossi

(De «Commune», de París.)

La PASION DE OBERAMMERGAU sustituida por espectáculos arios

Comunican de la Ciudad del Vaticano:

El «Osservatore Romano» dedica un artículo a las persecuciones religiosas en Alemania.

El órgano oficial del Vaticano recuerda especialmente las disoluciones realizadas por la Gestapo, en Treves y en Munich, de varias asociaciones católicas de la juventud, a pesar del Concordato. Cita asimismo la noticia substancialmente verdadera de que el espectáculo de la Pasión de Oberammergau será sustituido por espectáculos arios.

(«Journal des Débats», 20-XI-1937.)

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.

EN EL FRENTE DEL SUR, SE PRODUCEN GRAVES DISENSIONES ENTRE LOS REBELDES Y LOS ITALIANOS

Algunos evadidos del campo rebelde que han conseguido llegar a las filas republicanas han confirmado que se habían producido disensiones violentas entre los italianos y los fascistas españoles. A favor de la confusión producida por estos disturbios, los soldados en cuestión pudieron escapar y llegar a las líneas leales, ya que, en circunstancias normales, los rebeldes tienen organizado un sistema de patrullas que vigilan las primeras líneas y tienen ametralladoras instaladas en los puntos del frente que ofrecen posibilidades para la evasión. La intensificación de las medidas de vigilancia de los soldados se debe al número creciente de evasiones que se registra en el campo rebelde.

El ejército de Libia será duplicado

Roma. — Un decreto publicado hoy concede un crédito de 2.000.000 libras para organizar en Libia un segundo cuerpo de ejército.

Esta noticia confirma los informes según los cuales Mussolini piensa mantener con carácter permanente, en el Norte de Africa, 2 cuerpos de ejército, o sea, unos 100.000 hombres.

(«Daily Express», 19-XI-1937.)

SIN COMENTARIO

El respeto de la raza aria por la basura

La porquería nazi

Berlin, 19. — El D. N. B. publica una curiosa nota oficial en la que se pone de relieve la escasez de materiales en que se encuentra el Reich, hasta tal punto que se debe recurrir al aprovechamiento de las basuras, con la particularidad de que éstas deben ser recogidas sólo «por elementos arios».

La parte substancial de dicha nota dice:

«Para realizar felizmente el plan cuatrienal es absolutamente indispensable recoger todos los desperdicios y basuras. La recogida de desperdicios y basuras se llevará a cabo por basureros arios. A fin de eliminar del oficio a los basureros desleales, se ha decidido que la policía se ponga al servicio del plan cuatrienal para controlar y vigilar a los basureros.

La policía velará igualmente para que los desperdicios que quedan en los montones de basuras sean recogidos por basureros honorarios, pertenecientes a las formaciones del partido.» — Fahn.

El oro italiano inunda Palestina

Los disturbios de Palestina, algo apaciguados después de la huida del gran Mufti, que era el jefe efectivo de la rebelión, han vuelto a reproducirse: los asesinatos y las explosiones de bombas constituyen de nuevo la actualidad en Tierra Santa.

Pero por graves que sean esos disturbios, sólo en el espejo de aumento de la prensa de Roma adquieren la envergadura de una verdadera rebelión. Malhumorados por el fracaso manifestado de un movimiento que han inspirado y alentado, los italianos se consuelan con «victorias de comunicado».

Así, hace algunos días la opinión de Palestina se vio sorprendida al saber, por medio de la estación emi-

sora italiana de Bari, que radia en árabe, que se había producido una insurrección sangrienta en la Transjordania, cuyo soberano, el Emir Abdullah, es conocido como partidario de los ingleses, los cuales le reservan la corona del futuro reino árabe de Palestina. Los insurrectos—se dijo—tienen sitiada incluso a Amman, la capital. Hechas las averiguaciones necesarias, puede afirmarse que en Transjordania reina la tranquilidad más completa.

No hace falta añadir que la confianza de los indígenas en las informaciones de fuente italiana ha quedado bastante quebrantada.

(«Marianne», 18-XI-37.)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

ticas audaces y su desenfado anticonformista, alrededor del cual no tardó en gravitar la flor de la juventud intelectual italiana.

En un momento dado, la actividad de Gobetti pareció inquietar al duce. El hombre infalible no soportaba que se mofasen de él y de su revolución. Este profesor de 25 años que persistía en no querer tomar en serio su misión providencial había de ser, pues, advertido, sin tardanza, de una manera nada equívoca, de que era peligroso desafiar su poder.

El 22 de febrero de 1924, Mussolini llamó a Roma al fascista piamentón Guido Narbona y a dos de sus camaradas del fascio de Turín, y les dijo textualmente:

Es preciso que obréis como fascistas y con la mayor energía. Ya conocéis al profesor Gobetti de Turín. Es un individuo molesto que necesita una buena lección fascista. Vosotros se la daréis.

Algunos días después, en marzo de 1924, envió instrucciones análogas al prefecto de Turín:

Sé, decía en un despacho cifrado, que el famoso Gobetti, que se hallaba últimamente en París, está ahora en Sicilia. Cuidar de hacer la vida difícil a este adversario estúpido del Gobierno y del fascismo.

Esta orden fue escrupulosamente ejecutada. Se le hizo tan difícil la vida a Gobetti que tuvo que huir enfermo a París en donde murió en 1926 a poco de llegar, dejando en Italia a su esposa y a un niño recién nacido.

Cómo se preparan los procesos políticos

En la preparación de los procesos que deben someterse al juicio del Tribunal especial, la policía y la milicia desempeñan siempre el papel decisivo.

Para evitar el peligro que pueda existir de un

paro forzoso en la administración de justicia del régimen, policías y milicianos tienen siempre a su alcance a personas susceptibles de sentarse, si llega el caso, en el banco de los acusados. Estas personas proceden de las batidas políticas que se organizan en todas partes, casi sin interrupción, so pretexto de atender a la defensa preventiva del Estado, y de la clientela, siempre abundante, de las islas de deportación.

El pretexto para forjar una acusación y justificar el envío de los acusados ante el Tribunal especial puede hallarse, en todo momento, sin tomarse el trabajo de provocarlo, con una preparación minuciosa, en el acto más inocente, en la actitud más irreproachable.

He aquí, por ejemplo, cómo, en 1927, en la isla de Lampedusa, se creó el famoso proceso de los veinticuatro.

Los deportados, en esa época, habían tomado la costumbre, por la noche, para calmar su nostalgia, de reunirse en una habitación para cantar a coro canciones populares o para oír a uno de ellos declamar poemas clásicos.

La noche del catorce de enero, el comandante local de la milicia hizo irrupción en la estancia seguido de varios gendarmes en el momento en que el joven antifascista romano Pietro Rossi estaba declamando un poema de Parcarella.

—El Tribunal especial os aguarda, gritó el oficial de la milicia.

Rossi y sus 23 compañeros fueron apaleados y conducidos, esposados, a la cárcel del lugar.

Apenas llegados a la celda que había de acogerlos—utilizó una vez más los recuerdos de F. F. Nitti—, los veinticuatro detenidos fueron desembarazados de los grilletes y agrupados en un ángulo de la pieza. Era un local capaz para diez o doce personas a lo sumo, si hubieran tenido que dormir en él; pero de pie, podían caber más de veinticuatro. La oscuridad era profunda. Los carabinieri que habían acompañado a los cautivos se retiraron. Pero la celda se llenó automáticamente de milicianos fascistas que llevaban linternas eléctricas de bolsillo y las dirigían a las caras de nuestros camaradas. Estos no acertaban a comprender por qué entraban allí los milicianos. ¿Por qué no se iban y cerraban la celda? Pronto lo comprendieron. Veronica (jefe de la milicia, célebre verdugo de los deportados), que había abandonado apresuradamente el consejo de guerra, re-

unido en la dirección, se presentó y su figura se perfiló en el fondo claro de la puerta abierta. Entró con paso lento y avanzó hacia los detenidos. Blandía su látigo.

—El que recitaba cuando entré en vuestro cuartel que salga, dijo pausadamente. —Yo soy, respondió un voz. Y el joven Román Pietro Rossi dio dos pasos hacia adelante. —¡Ah!, eres tú, canalla. Ahora te enseñaré a recitar, gritó el teniente. Y, cogiendo a Rossi por el cuello, lo empujó contra la pared. Las linternas de los milicianos alumbraron la escena con sus débiles rayos de luz. Todos los milicianos tenían sus armas apuntando a nuestros camaradas. Veronica sacó un puñal y todos rieron cómo lo ponía contra el pecho de Rossi. —Grita en seguida ¡Viva Italia!, o te mato, ordenó. Rossi no respondió. Miraba fijamente a su verdugo sin pestañear. —Grita ¡Viva Italia!, y al decir esto apoyó más el arma sobre Rossi; pero éste se quedó callado. Entonces, espectáculo de otro tiempo, el teniente fascista empujó más el puñal, vociferando, frenético.

—Grita ¡Viva Italia!, o te mato. La sangre brotaba de la herida, y Rossi, desvanecido, cayó al suelo, junto a la pared húmeda y sucia en que se había apoyado.

Nuestros amigos presenciaron esta escena con ansiedad creciente, impotentes para hacer nada en auxilio de su compañero. Cuando le vieron caer, sintieron todos el impulso espontáneo de ir hacia él, pero las bayonetas los contruyeron. Al otro lado de estas bayonetas dirigidas hacia sus pechos, vieron otra escena aun más noble. A una señal de Veronica, un miliciano gigantesco se precipitó sobre el hombre tendido y comenzó a darle palmos. Finalmente, para su vergüenza eterna, él escupió en la cara! El pobre Rossi, por dicha, no sentía ya nada. Su cuerpo estaba inmóvil.

En las mismas condiciones y empleando iguales métodos, fué fabricado, en la isla de Lipari, a fines del año 1927, el proceso de los cincuenta.

Esta vez dejó la palabra a Emilio Lussu, el soldado intrépido y caballeroso de la gran guerra, el luchador indomable que dirigió, en los años decisivos, la oposición antifascista en Cerdeña y el proscrito heroico que compartió con Rosselli y Nitti los riesgos y la gloria de una evasión prestigiosa.

Se acercaba la Navidad de 1927. La colonia se disponía a celebrar la fiesta. Los abetos cargados de regalos para los niños de nuestros camaradas estaban ya

(Continuación)